

## El conocimiento en la época del crecimiento

La sociedad se interesa por el conocimiento. Eso en parte se explica porque a todos –no solo a quienes se dedican a la investigación– nos gusta conocer. Actividades de divulgación cada vez más sofisticadas cautivan al profano; los medios difunden secretos que se destapan en el cielo de Atacama o en las profundidades invivibles del océano Pacífico; siempre hay espacio para novedades sobre el origen de nuestro planeta o sobre las formas de vida de los dinosaurios y de los primeros homínidos; la tecnología nueva o mejorada no da tregua a la ansiedad de quienes la consumen. El conocimiento ensancha a diario nuestra realidad y eso, parece, nos gusta.

Pero el conocimiento, que nos ha gustado siempre, hoy también nos preocupa. Nos interesa saber cómo se lo administra y financia. Actores del mundo científico y político animan debates apasionados sobre la institucionalidad de la ciencia. Empieza a ser raro que una candidata o candidato a la presidencia de la república eluda el tema por mucho tiempo y que no se vea en la obligación de fingir, por lo menos, que cuenta con un diagnóstico preciso, coherente y realista. Sorprendería que alguien criticara públicamente el aumento de presupuesto o el perfeccionamiento de instrumentos fiscales para la investigación. Los inversionistas están atentos a las oportunidades que se ofrecen. A pesar de las pellejerías por las que pasa la investigación nacional, nunca antes se habían destinado tantos recursos a producir conocimiento, y el ciudadano, que no confunde la investigación con los gremios de investigadores, quiere que esos recursos se inviertan en producir conocimiento.

Sucede que el empleo, la industria, el comercio, la educación, la salud, el medio ambiente, la seguridad, la defensa, la paz, la democracia, en suma: la vida toda e incluso la muerte dependen, hoy, del conocimiento. El conocimiento determina nuestras formas de

trabajar, de comer, de amar, de pelear, de dialogar, de nacer, de curar, de mejorar, de envejecer, de morir. Esperamos del conocimiento lo que en otras épocas y circunstancias habríamos esperado, quizás, de los dioses: la posibilidad misma del presente y del porvenir. Hoy se hace patente que no es en realidad el ser humano quien produce conocimiento, sino el conocimiento el que produce al ser humano.

Algunos querrán reconocer la madurez de una civilización por fin emancipada de la teología y de la religión; una civilización que se sabe responsable de sí misma y de su futuro. Se aplaudirá quizás el éxito de la educación primaria y secundaria masificadas o de los programas que buscan acercar la ciencia a la sociedad. Nada de eso sería desacertado. Pero se correría el riesgo de confundir el efecto con la causa y de pasar por alto esta evidencia simple, básica, llana: que la posibilidad del presente y del porvenir está en manos del crecimiento económico.

Hoy la vida humana se interpreta a sí misma como crecimiento económico. Apropiándome de una expresión que usara Sartre en los años cincuenta para referirse al comunismo, diría que el crecimiento económico se ha convertido en el horizonte insuperable de nuestro tiempo, si no fuera porque no es, justamente, y según veremos más adelante, un horizonte. Y habría que añadir que el conocimiento se ha convertido en el instrumento indispensable del crecimiento económico, si no fuera, como también veremos, porque no es un instrumento. La reivindicación de otras formas de sentido, la realización personal y colectiva, la belleza y el amor, el estudio y la creación, son los adornos pueriles o las promesas difusas de una vida que hoy se produce al ritmo de la innovación y del crecimiento. Poner en cuestión esta evidencia constituiría quizás un gesto políticamente correcto y esperable, aunque vano y vacío, éticamente censurable, incluso, si no se lo confina a un ámbito estéril e inofensivo, como para muchos puede serlo el pensamiento.

Siempre hemos tenido claro que el conocimiento juega un papel central en la historia de la vida humana; que con él se produjo una mutación mayor: lo universal mismo y la posibilidad

de comprender la historia como horizonte de sentido se hicieron lugar en el mundo. En una conferencia dictada en los años treinta, Edmund Husserl destaca que junto con la posibilidad de manipular objetos ideales –como los objetos de la geometría–, la ciencia y la filosofía griegas habían hecho irrumpir, en todo el ámbito de la cultura y no solo en el científico, horizontes infinitos de sentido para la teoría y la acción. «La cultura científica (...) implicó una revolución de toda la cultura, una revolución de la manera misma en que la humanidad produce su cultura. Implicó también una revolución de la historicidad, que es ahora la historia de la extinción de la humanidad finita y su transformación en una humanidad de tareas infinitas»<sup>1</sup>. Pero en la época del crecimiento –una época que ya era la de Husserl, aunque no siempre la de su filosofía–, la operatividad y la eficacia de las ciencias y de la técnica parecen recubrir todo horizonte y diluir toda idea de época, de humanidad, de mundo y de historia. Hoy entendemos que el aporte del conocimiento no era tanto lo universal como la productividad; que su motivación no era la verdad sino el hambre, el hambre infinita de vivir. Y eso vuelve aun más sorprendente la aporía que el presente ensayo desea poner de manifiesto: la producción de conocimiento, supuestamente una herramienta del crecimiento económico, es con toda seguridad la actividad productiva humana más ajena a la racionalidad instrumental. De todas las formas de producción humana –salvo, quizás, el arte, en cuyo caso las cosas son aún más desconcertantes–, el conocimiento es la única en que el fin o el resultado se desconocen al momento de diseñar e implementar el proceso de su producción. Si se supiera de antemano lo que se va a producir, entonces lo que así se produciría no sería conocimiento. En estricto rigor, no existe manera de determinar previamente el sistema de elementos y de actividades que ha de operar en la producción de un conocimiento nuevo. Los sistemas de producción

---

<sup>1</sup> «La crisis de la humanidad europea y la filosofía», en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, trad. española de J. Muñoz y S. Mas, Barcelona: Crítica, 1991, p. 334, traducción modificada.

de conocimiento, en los que ciframos, querámoslo o no, la posibilidad del presente y del futuro, son sistemas de exposición a lo desconocido.

Reflexionar sobre qué significa producir conocimiento en la época del crecimiento en ningún caso conduce a plantear preguntas por principios y fundamentos. Es cierto que siempre se puede ejercer la libertad intelectual de poner en evidencia el déficit de fundamentos del conocimiento y del sistema económico que produce la vida a través del conocimiento, señalar sus inconsistencias, sus contradicciones, su contingencia, su despropósito. Pero justamente la maquinaria del conocimiento y del crecimiento se pasa de inconsistencias, de fundamentos y de propósitos: se pasa de todo horizonte de sentido que trascienda su mero despliegue productivo. Es eso lo que tenemos que entender: cómo una estructura tan ajena al sentido de un mundo y de la vida, y en algunas ocasiones tan contraria a fin, ha llegado a valer tanto y a tener tanto sentido. Si no lo comprendemos, será imposible determinar aquello que nos está permitido esperar.